

# STUDIA MORALIA

Revue bi-annuelle  
publiée par l'Académie Alphonsienne  
Biannual Review  
published by the Alphonsian Academy

VOL. XXIV/2

1986

EDITIONES ACADEMIAE ALPHONSIANAЕ  
Via Merulana 31, C.P. 2458 - 00100 Roma, Italia

## **EL SINODO EXTRAORDINARIO Y LA MORAL: VIVENCIA Y TESTIMONIO DE UN PASTOR, MIEMBRO DE LA ASAMBLEA**

### NOTA INTRODUCTORIA

Al comenzar esta sencilla comunicación debo, por honestidad, hacer algunas aclaraciones. A la vez que señalo algunos elementos de ubicación, ayudo también al lector a tener una idea más cabal de lo que voy a decir.

Existe una primera constatación que es bueno conocer. Me refiero a mi experiencia como pastor redentorista en un contexto de Tercer Mundo, o más bien diría de « Cuarto Mundo ». Pues una vida tan amenazada por el hambre y tan marcada por la injusticia, en una situación de empeoramiento creciente, no puede dejarlo a uno en una postura neutra. Eso afecta mi lectura del Sínodo Extraordinario, en el que participé, y me coloca unos lentes con los cuales necesariamente realizo la selección de datos y subrayo ciertos intereses particulares.

Como redentorista llaman mi atención los datos morales. Como miembro, testigo y pastor de esta comunidad, escucho el clamor de un pueblo que sufre y que pugna por hacerse presente en ese acontecimiento eclesial para demandar justicia. En el fondo, se trata de dos datos complementarios: el interés por la moral se conjunta con las dimensiones socio-políticas y económicas de la misma. Y eso es, quizás, lo que va a sobresalir un poco. Es inevitable.

Por otra parte, el Sínodo no ha hecho consideraciones ni pronunciamientos explícitos sobre tópicos morales. Pero los elementos básicos de una moral para nuestro tiempo sí han estado presentes. Además, a mí no se me ha pedido un análisis estrictamente teológico sino comunicar la vivencia que he tenido como miembro de esa Gran Asamblea y manifestar mi testimonio sobre aquellos rasgos que cuestionan, verifican o proyectan una moral cristiana como respuesta a los desafíos debatidos en ese Encuentro Sinodal.

La mía, entonces, es más una reflexión-testimonio que una consideración científico-teológica a partir de los debates y conclusiones. Por eso tomaré mis muestras con más libertad y procuraré hilvanarlas en un estilo más personal y directo, con algunas glosas complementarias que cuestionarán cierta práctica moral de los cristianos en nuestro contexto de pueblos empobrecidos.

Así, pues, tomaré tan sólo algunas dimensiones centrales que recogen ciertos elementos fundamentales para una moral cristiana y a partir de ellas podré desarrollar mis impresiones y consideraciones.

#### ALGUNOS ACENTOS CENTRALES Y FUNDANTES DE UNA MORAL CRISTIANA

Antes de abordar los temas que propiamente tengo pensados, quisiera referirme brevemente a qué tipo de moral me remito. Moral cristiana es principalmente hacer el Reino de Dios, luchar por la justicia que re-crea al hombre y la situación desde la óptica del pobre. Es cristiana porque se basa, sobre todo, en el seguimiento de Cristo como un intento serio y creativo por re-producir su misma existencia en otros hombres y en otros tiempos, los nuestros, desde la América dolorida.

Esto hace que se subrayen determinados aspectos de esta moral. No se trata de una moral voluntarista, cerrada y ofuscada. Es un obrar en libertad ante el don gratuito del Señor que nos interpela. Está la persona y la comunidad, antes que la ley a secas. Se prioriza el Espíritu que da vida, antes que el juridicismo literal. La situación histórica en que actúa la persona, antes que la pre-determinación ciega. La perfección dinámica y en relación « con », antes que una moral estática e individualista.

Con este presupuesto, puedo ahora ceñirme al trabajo sobre el Sínodo Extraordinario.

#### 1. *Tónica predominante: actitudes y pastoralidad del Sínodo*

Había mucha expectativa. Los medios de comunicación se habían encargado de suscitar diferentes inquietudes. Algunas con fundamento y otras un tanto « interesadas ». De todas maneras se había creado cierta incertidumbre en torno al objetivo y al alcance del Sínodo. Incluso se especuló en la dirección de pretender « evaluar y, en cierto modo, corregir el Concilio ».

Los hechos se encargaron de mostrar las verdaderas actitudes

que traían los Obispos sinodales. Actitudes netamente positivas, de convergencia, comunión y participación en términos eclesiales. Y esto es, precisamente, lo que califica la moral en cuanto a las actitudes: « esta viene a ser integrada por los sentimientos, los principios o criterios, por las decisiones o tomas de postura y por toda la gama de niveles ejecutivos de la persona »<sup>1</sup>.

Claro que no es tan simple. Una mirada más crítica podría tipologizar adecuada y objetivamente tales actitudes. Sólo hago notar lo que me pareció predominante: una participación positiva en la celebración de un acontecimiento que toca a la vida misma de la Iglesia y a su proyección sobre mundo, del que recibe tantas y tan variadas interpelaciones.

Cada miembro de la Asamblea traía consigo el punto de vista de su Iglesia local con respecto a la vivencia y aplicación del Concilio, pero también aportaba los desafíos de su respectivo pueblo. Por eso el énfasis no fue doctrinal, sino pastoral: descubrir la presencia de Dios en la vida de los hombres, conocer su Voluntad y querer hacerla en la historia concreta de esos hombres y pueblos. Se pensaba que la Iglesia comenzaría una etapa de « narcicismo » y de regreso al interior de la comunidad. Pero pudo más la fuerza del Espíritu que grita y cuestiona a través de las venas abiertas de la realidad de un mundo en cambio y en situación de injusticia institucionalizada. Se impuso esa tónica. Es cierto que se tocaron temas de índole interno-organizativa: colegialidad, descentralización, mayor comprensión de la Iglesia como misterio y como comunión. Sin embargo, la misión de servicio al mundo cobró siempre relieve mayor.

## 2. La dimensión trinitaria: fundamento de comunión y participación

« En cuanto comunión con Dios vivo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, la Iglesia es en Cristo 'misterio' del amor de Dios, *presente en la historia de los hombres* » (Mensaje del Sínodo, II. El subrayado es mío).

Una moral cristiana, si quiere ser tal, ha de relieves los aspectos comunitarios de la persona, de la familia, de los grupos y de las comunidades que se precien de ser cristianas. No hay realización personal sin comunión y participación creativa. El objetivo mayor es el Pueblo de Dios. Por lo tanto, el camino de la perfección para el creyente se plantea en términos de comunicación, apertura, diálogo, relación y servicio *al* y *con* el otro.

<sup>1</sup> Marciano VIDAL, *Moral de actitudes I*, Madrid, 1975, pág. 542.

Y la base fundamental de este planteamiento está en el misterio de la Trinidad. Una realidad central que se hace presente en la historia creando comunidad. El dato teológico se hace así indicativamente normativo para la vida del cristiano, si es que en verdad éste quiere ser merecedor del tal nombre.

En cierto modo podría decirse: si tal es la imagen de nuestro Dios, que así se dió a conocer y actuó de esa manera haciéndose de un pueblo para siempre en alianza, tal ha de ser la imagen de sus seguidores y adoradores (cfr. *Gn* 1, 26-27). Ese es el modo de ser de Dios: comunidad de personas en un amor vivo, creativo y liberador. Por eso la sentencia de Jesús: « Sean perfectos, como su padre celestial es perfecto » (*Mt* 5, 48). El camino de la perfección queda señalado: es la comunión y la participación.

La pauta moral queda muy oportuna y se constituye en una interpelación histórica. Un mundo como el nuestro, tan viciado con el egoísmo, en donde la competencia y la primacía individualista quedan señaladas en forma de « valor » (siendo un auténtico anti-valor evangélico), se expone al juicio de un Dios cuya imagen es amor que se comunica y crea comunidad. ¡Un mundo, como el de nuestra dolorida América Latina, que todavía se precia de ser « católica »! Es el cinismo de los grandes en su descarada postura por cubrir farisaicamente su fachada, en la conciencia de estar corruptos por dentro y ser instrumentos de un pecado social que prohíbe la solidaridad.

El sujeto de esta vida moral nueva es la comunidad eclesial. De ello tiene plena conciencia la Asamblea, como también de su misión de crear comunión hacia y en el mundo: « De este modo la Iglesia es como un sacramento, es decir, signo e instrumento de la comunión con Dios y también de la comunión y *reconciliación de los hombres entre sí* » (Conclusiones, 2.).

A este respecto y sobre la actitud de comunión, parte de la Iglesia, algunos Obispos sinodales, se manifestaron así: « Que la colegialidad se haga cada vez más efectiva » (Mons. P. MONSEGWO, Zaïre). « La Iglesia ante sus desafíos debe confiar en la gracia de la Redención de Cristo y hacerse presente en los problemas y esperanzas de los hombres; por eso es necesaria una descentralización sin herir la comunión con el Centro » (Mons. A. LORSCHIEDER, Brasil). « La Iglesia del futuro será un modelo de comunión y participación, iluminada por el misterio de la Trinidad » (*LG.* 1; Id). En esa perspectiva podría dar un muestro bastante voluminoso. El estribillo más subrayado podría ser: ser cristiano hoy, desde la imagen trinitaria de Dios, es ser comunitario y constructor de comunidad.

Como broche de la consideración de esta dimensión comunitaria,

hay un párrafo de las Conclusiones del Sínodo que nos dice maravillosamente lo siguiente: « La Comunión del Cuerpo Eucarístico de Cristo significa y hace, es decir, edifica, la íntima comunión de todos los fieles en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia » (B. 1). Y esto ya nos introduce en el punto siguiente.

### 3. *La dimensión cristológica: pauta central para una moral del seguimiento*

« Jesucristo es el Hijo de Dios y el nuevo Adán; manifestó a la vez el misterio de Dios y el misterio del hombre y de su altísima vocación (cfr. GS 22). El Hijo de Dios se ha hecho hombre para hacer a los hombres hijos de Dios » (Conclusiones, II.1).

En realidad, toda moral cristiana, o mejor dicho, una auténtica moral cristiana, tendría que ser, de alguna manera, moral del seguimiento de Cristo, al ser éste momento esencial, categoría constitutiva y central del existir cristiano y hasta criterio último de verificación de la autenticidad de ese mismo existir y obrar.

Esto es tan verdad que la afirmación o confesión de que somos creyentes cristianos, hijos del Padre Dios, se verifica o se hace verdad en el recorrido real del camino concreto de la filiación, es decir, en el seguimiento de Jesús, puesto que él, por ser *el* Hijo, es el único camino auténtico para realizar el proceso de filiación, el único modelo verdadero que corresponde con fidelidad a la voluntad del Padre.

Por eso, el seguimiento es el principio estructurante y jerarquizador de toda vida cristiana, según el cual se pueden y deben organizar otras dimensiones de esa vida. Cuando se prescinde de dicho seguimiento o se presenta como exigencia exclusiva para unos cuantos privilegiados heroicos, el cristianismo se prostituye por « abaratamiento ».

Ahora bien, este seguimiento se realiza en la historia concreta de los hombres y en las situaciones reales de los pueblos, de pobreza e injusticia irritante como el nuestro. Una Iglesia, encarnada en esta realidad, ha hecho una clara y definitiva opción preferencial por los pobres. No porque constituyan un fenómeno socio-económico particular en nuestro caso, que ya sería suficiente motivo, sino por la misma preferencia clara de Dios (cfr. *Mt* 11, 25-27).

Seguir a Jesús desde América Latina reviste, pues, un especial matiz y un rostro preciso. La clave se presenta en términos de una lucha por la justicia en contra de la injusticia, sin claudicaciones ni tréguas cómodas. Y la comprensión de esta justicia se hace desde

la óptica de los preferidos de Dios, desde donde El quiere salvar y realizar su Reino:

- los pobres son los que mejor entienden el significado del Reino, aunque ese conocimiento no sea tan reflejo ni sistemático;
- Jesús mismo refuerza su experiencia de la necesidad de la justicia en su contacto real con los pobres;
- en su vida personal experimenta la pobreza, o por lo menos una relativa pobreza, que de alguna forma le incluye a él en el grupo de los pobres;
- Jesús se solidariza con los pobres y experimenta en carne propia las consecuencias: el poder del otro grupo revierte sobre él y lo crucifica.

En el seguimiento histórico de Jesús, además, los cristianos hemos de ejercitar el discernimiento correcto. Por discernimiento entiendo, principalmente, aquella búsqueda concreta de la voluntad de Dios; no sólo para ser captada, sino para ser realizada. No se trata de un acto puntual, sino más bien de un proceso en el cual la voluntad de Dios realizada verifica también la voluntad de Dios pensada. Y la norma para ello es la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús. Miramos a El y al camino realizado por El para tener acceso al Padre, acceso al Reino de Dios. Y es en su recorrido concreto que conocemos más a Jesús y, por lo tanto, discerniendo, caminamos en la dirección correcta de la perfección cristiana.

#### 4. *La dimensión relacional: un giro de ciento ochenta grados*

La eclesiología de comunión que plantea el Sínodo y su imperturbable adhesión a lo manifestado en el Concilio Vaticano II, buscando más bien una mejor profundización, conocimiento y difusión del mismo, nos confirman en una sico-antropología y teología del hombre como *persona en relación*. Esta es como una base esencial para asumir las demás relaciones que se entrevén tanto en los debates mismos como en las conclusiones. Ese era, además, el clima del que fui testigo: el valor de la persona, de cada uno de los que estábamos allí, y de su capacidad de relacionarse, comunicarse y crear una atmósfera de verdadero sentido de eclesialidad.

De Jesucristo se ha dicho con mucha razón que es verdaderamente el « hombre-para-los-demás ». Su centro no es él mismo, son los otros, es el Padre y el Espíritu, es el Reino de Dios. Esta consideración teo-antropológica de Cristo nos da la pauta para ver y sentir

en el hombre esta dimensión que le es esencial a su ser. La persona es, de por sí, un ser « ex-céntrico ». Es la filosofía europea y modernista, sobre todo de la Ilustración, la que ha justificado un proceso de dominación imperialista e ideológicamente opresor: la afirmación del « yo » como totalidad cerrada, el culto al individualismo y los desastrosos resultados de la economía de competencia: ley del más fuerte, guerra y destrucción entre hermanos por la hegemonía. Y en ello va la gran verdad del mito de Caín y Abel (cfr. *Gn* 4).

No se puede ser si no se está en relación, y el primer grado de ésta es el *interpersonal*. Aquí habría que profundizar sobre la amistad, incluso como distintivo de los discípulos de Cristo (cfr. *Jn*. 15, 14-15: « No los llamaré siervos... sino amigos »). Y esta relación, que se hace hasta física y carnal en el amor conyugal, es propia de la realización de la sexualidad humana completa y real, asumida y santificada por el sacramento del matrimonio, como la anterior lo es por la Eucaristía, sello del amor-alianza y fuente de fraternidad.

En esta dimensión se pone en juego también el esfuerzo humano por la transformación de la naturaleza por el trabajo: « Sean fecundos y multiplíquense, llenen la tierra y *sométanla* » (*Gn* 1, 28). Esto es ser-con-la tierra y crecer en ese esfuerzo de transformación de ella según Dios. Es un aspecto irrenunciable del camino de perfección para el discípulo de Cristo. La dirección es siempre el Reino de Dios que viene, pero que « ya » se implanta y anticipa en la historia.

Finalmente, al fondo y como razón culminante de esa relación, está el ser-con-Dios. El Reino de Dios aquí se hace visible, adquiere sentido explícito y definitivo, desde el cual se ilumina toda otra relación en el seguimiento de Cristo. Este Reino de Dios « es comprendido como un principio utópico. En cuanto utópico, no es nunca adecuadamente realizable; pero en cuanto principio, principia realidades, prácticas, actitudes y valores históricos. Corresponder al Reino de Dios significa, entonces, por una parte, dejarse juzgar por él, reconocer lo concreto pecaminoso desde su suma bondad, y lo concreto limitado desde su suma plenitud; pero significa también realizarlo, ser atraído siempre de nuevo por esa plenitud y ser movido siempre de nuevo a su realización »<sup>2</sup>.

Y ésta es una de las dimensiones que ha abierto un gran cauce para el pensar y el hacer teológico-pastoral y moral en América Latina. Haber roto los muros de un castillo hegemónico y cerrado en una totalidad metafísica, y haberse abierto a la alteridad, al descu-

<sup>2</sup> Jon SOBRINO, *Teología de la liberación y Teología europea progresista*, en Rev. « MISION ABIERTA », 77 (1984) 16.

brimiento del *otro* que yo, y haberlo colocado en el centro de esa relación, nos ha posibilitado para leer y practicar el Evangelio con más autenticidad y fidelidad a la vida e intención de Jesús.

### 3. *La dimensión vital: por el Dios vivo a la defensa y promoción de la vida*

Las conclusiones del Sínodo manifestaban sin titubeos y sin rodeo alguno: « La vida humana debe ser defendida desde el principio, protegida en todas las circunstancias contra los agresores y promovida verdaderamente en todos sus aspectos » (Conclusiones, D. 6). Y la afirmación equivale a lo que vivimos en aquella experiencia eclesial: un deseo sincero y decidido por estar de parte de la vida y en contra de los ídolos de la muerte. Claro que no en esos mismos términos, pero ésa era la convicción compartida por todos.

A este respecto me permito citar dos frases famosas de dos hermanos míos en el episcopado. De ellos, uno ya dio su vida por el bien de muchos pobres, y el otro sigue en la brecha, dando diariamente gota a gota la vida y su propia vida por su pueblo. Mons. ROMERO decía en una ocasión: « Es preciso defender lo mínimo que es el máximo don de Dios: la vida ». El pueblo salvadoreño, que hasta hoy sigue siendo masacrado, perseguido y matado de diversas maneras por los que detentan el poder del imperio actual, comprendió profundamente esto. Por ello, los cristianos que ahí están comprometidos en la lucha, tienen esa firme convicción: defender y promover la vida de su pueblo. Nada más profundamente cristiano y moral.

Y Mons. PEDRO CASALDÁLIGA, lleno de amor por la grey encomendada a su cuidado, decía: « La lucha por la paz es una guerra a muerte por la vida ». Esto es ya proverbial en América Latina, sobre todo en Centro América, Chile y la gran masa campesina de Brasil que lucha por tener tierras para proteger su vida como etnias con identidad propia.

¿ Cómo no preguntarse por el Dios de vida ante una realidad de muerte ? ¿ Será que ha sido vana la Resurrección de Jesús, en el que hemos conocido la vida abundante ? Mueren millones de niños; miles quedan abandonados a su suerte; los promedios de vida bajan cada vez más; los obreros son despedidos; a los campesinos se les priva de su tierra y se les obliga a emigrar a las grandes ciudades en busca de sobrevivencia; se invierte más presupuesto en armas y asesoramiento militar que en atención a la salud y la educación, etc. ¿ Es ésta una comprobación fidedigna del valor de la vida ? ¿ No es

más bien la verificación de su aniquilamiento? Aquí se palpa un pecado muy grave: contra el Dios de vida y su plan de salvación para todos, especialmente los más privados de esa vida, se planifica consciente y deliberadamente su muerte.

El desafío es muy grande. Pero la creación no pacta con su miseria y su muerte, y la esperanza no decae a pesar de tener casi todo en contra. A un éxodo, con mayor o menor fortuna, sucede otro; los dolores de la creación vuelven a ser transformados en dolores de parto de una nueva vida. Es ésta la fe que mueve al pueblo, le da consistencia, le devuelve su confianza y le inyecta el valor para reemprender la lucha.

Sobre esa calamitosa situación confesamos, creemos y seguimos al Dios de vida. Con ello queremos decir dos cosas importantes: por un lado, que nos comprometemos, con El, a superar los ídolos de la muerte y a vencerlos, a quitar el pecado del mundo (cfr. *Jn* 1, 29); y por otro, que deseamos afirmar, testimoniar, afianzar, sembrar y hacer germinar en nuestra realidad ese mínimo-máximo de la voluntad de Dios: la vida de su creación. Esa voluntad que apunta, desde la historia, a algo definitivo: el nuevo cielo y la nueva tierra (cfr. *Ap.* 21, 1). Esto es expresar la mayor protesta contra la humanidad y la mayor esperanza de la mayor parte de la humanidad: no sólo vivir, sino convivir y tener una vida abundante, alcanzando en Cristo la plenitud de la vida en el Espíritu vivificante.

#### 6. *La dimensión humana y humanizadora: dignidad humana y derechos humanos*

Nuestra situación ha empeorado, el mundo de deshumaniza: « Advertimos que los signos de los tiempos son parcialmente distintos de los que había en tiempos del Concilio, *habiendo crecido las angustias y ansiedades*. Pues hoy crecen por todas partes el hambre, la opresión, la injusticia, la guerra, la tortura, el terrorismo y otras formas de violencia de cualquier clase. Esto obliga a una reflexión teológica nueva y más profunda, que interprete tales signos a la luz del Evangelio » (Conclusiones, D. 1; el subrayado es mío).

Por ello:

« Se defienden fuertemente: la dignidad de la persona humana, los derechos fundamentales de los hombres, la paz, la liberación de las opresiones, de la miseria y de la injusticia » (Conclusiones, D. 3).

He ahí otra nota, otra veta magnífica para el desarrollo ulterior de una verdadera moral cristiana para nuestro tiempo. De nuevo

América Latina es el lugar en donde la presente contradicción se hace más intolerable y aguda. « Esto es contrario al plan del Creador —dijeron los Obispos latinoamericanos en Puebla— y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social, de GRAVEDAD TANTO MAYOR POR DARSE EN PAISES QUE SE LLAMAN CATOLICOS Y QUE TIENEN LA CAPACIDAD DE CAMBIAR » (P. 28).

Cosa curiosa o verdaderamente llamativa, todos los Obispos sinodales estuvieron unánimemente acordes en condenar esta situación que hiere profundamente a la dignidad humana y, por tanto, a su Creador y Redentor. El magisterio ordinario del Papa JUAN PABLO II lo expone constantemente y es uno de sus temas preferidos, sobre todo cuando realiza sus visitas al Continente Latinoamericano. Esto supone una buena interiorización de los Pastores en la realidad de sus respectivas parcelas de Pueblo de Dios, y una sensibilización mayor al clamor de tantos hombres y mujeres privados hasta de su dignidad de hijos de Dios, de personas que merecen respeto, consideración, solidaridad y apoyo en sus legítimas aspiraciones y demandas.

En tal sentido, la moral cristiana se convierte, en nuestro caso, en un esfuerzo común por iniciar un proceso de lucha en favor de « los sin dignidad ». El hérfano, la viuda, el extranjero o el esclavo de la experiencia de Israel en el Antiguo Testamento, son ahora los marginados, despojados, torturados, perseguidos y despreciados que se cuentan por millones en América Latina. Y no sólo para aliviar su situación, sino para lograr su completa liberación en Cristo.

### *7. La dimensión integral y liberación: para una ética del compromiso*

Uno de los puntos culminantes de la Relación Final del Sínodo planteaba así la cuestión que provoca radicalmente nuestra conducta de seguidores de Cristo hoy, sobre todo en América Latina:

« Después del Concilio Vaticano II, *la Iglesia se ha hecho más consciente de su misión al servicio de los pobres, los oprimidos y los marginados.* En esta opción preferencial, que no debe entenderse como exclusiva, brilla *el verdadero espíritu del Evangelio.* Jesucristo declaró bienaventurados a los pobres (cfr. Mt 5, 3; Lc 6, 20) y El mismo quiso ser pobre por nosotros (cfr. 2 Cor 8, 9) ». (Conclusiones, D. 6).

La cuestión de los pobres ha sido una de las constataciones y opciones que ha marcado más la vida de la Iglesia, sobre todo en

nuestro continente latinoamericano. No podía faltar esa voz en el Sínodo, ya que había quedado un tanto débil y casi inadvertida en los propios documentos conciliares. Sólo hay dos menciones claras: *LG.* 8 y *AG.* 5. Me hubiese sentido frustrado si después de veinte largos años de vida pastoral y de una mayor encarnación en la realidad de los hombres de hoy, no hubiera sido planteada la cuestión de los pobres con toda claridad. Tampoco se hizo con el vigor y la convicción de Medellín o Puebla, pero la cosa es que está.

Esa opción no es algo que debemos acoger por moda o afán de esnobismo. Sería vacío e hipócrita. Se trata de un auténtico signo de los tiempos, quizás el mayor y más evidente, que busca ser asumido y discernido, y que exige nos comprometamos en su solución práctica, y no sólo en los enunciados teórico-documentales o declarativos.

Una lucha por la justicia en esta dirección de los pobres con miras a su liberación total, trae consigo un modo concreto de percibir, entender y vivir una verdadera y cristiana teología de la cruz. Este es también un pensamiento que estuvo presente en la Asamblea. No podía faltar. Algo que ya nos es familiar en nuestra experiencia latinoamericana por la presencia de millones de inocentes crucificados, en los cuales se presentizan determinados rasgos del Crucificado de la historia un viernes en Jerusalén.

Esto nos lleva a la consideración del Dios crucificado y sufriente, impotente y débil, pero que es el mismo Dios que da vida, que salva y libera. Se señala, así, una natural dialéctica entre la cruz y la resurrección. El Dios que padece con Jesús la muerte de la cruz es el mismo Dios que le resucita de entre los muertos, abriendo así, desde lo más negativo de la historia, un futuro de esperanza y creando, al mismo tiempo, un camino, el único, para el seguimiento de Cristo y para la comprensión correcta de una moral cristiana. Ese es el proceso de la liberación en Cristo; no hay otro.

A su paso por la historia, esta fuerza liberadora de Dios ofrecida definitivamente en Cristo, por su muerte y resurrección, asume todas las dimensiones de la vida humana. Es integrante e integral:

« Debemos entender la misión salvífica de la Iglesia con respecto al mundo integral. La misión de la Iglesia, aunque es espiritual, implica también la promoción humana incluso en el campo temporal. Por eso, la misión de la Iglesia no se reduce a un monismo. Se da una distinción entre los aspectos materiales y los de la gracia, pero de ninguna manera una separación. Esta dualidad no es dualismo... » (Conclusiones, D. 6).

La cruda realidad en la que vivimos los cristianos del Tercer Mundo y las exigencias radicales que se desprenden del Evangelio, estimulan decididamente nuestro compromiso histórico con esa gran mayoría oprimida de nuestros pueblos. Y el apunte es en la dirección del Reino de Dios, de la justicia, de la fraternidad y de la paz. Una ética cristiana ha de asumir esa vertiente si en verdad quiere ser cristiana y no otra cosa.

#### 8. *La dimensión dialogal: apertura al cambio y a los nuevos desafíos de la vida de los pueblos y de los grupos humanos*

A este punto, varios son los aspectos que vale la pena considerar y que estuvieron presentes en el ambiente, el interés y las convicciones de los Obispos sinodales. Aspectos, que, a su vez, son otros tantos desafíos al tratamiento moral y a su realización práctica en la vida y misión de los cristianos en el mundo actual.

1) El que salta a primera vista, sobre todo de cara a nuestra realidad boliviana desde la cual escribo estas líneas, es el aspecto de la *inculturación*. Nuestro país, junto a Guatemala y Méjico, tiene un alto porcentaje de población indígena (65.90 % del total de su población). Y lo componen dos grandes grupos en la zona del altipano y los valles: aymaras, el 26.61 %; quechuas, el 36.82 %; además de otros 33 grupos étnicos minoritarios dispersos por todo el lado oriental de nuestro jirón patrio y que forman un 2.47 % restante.

Desde mi posición de representante de esta parte de la Iglesia en un encuentro de esa magnitud y naturaleza, me interesaba, pues, que se planteara y se dijera algo acerca de este gran desafío permanente para la pastoral de la Iglesia. Nuestro deseo era que se produjera un cambio de actitud ante esta realidad. Y creo que se logró. La Relación Final en eso es explícita:

« ... la inculturación es diversa de la mera adaptación externa, porque significa una *íntima transformación* de los auténticos valores culturales por su integración en el cristianismo y la radiación del cristianismo en todas las culturas humanas ». Pues, « la separación entre el Evangelio y la cultura es llamada por Paulo VI un caso *dañino de nuestro tiempo como lo fue en otras épocas* » (Conclusiones, D. 4).

El tema es, así lo veo yo, un gran desafío moral en dos sentidos: a) Desde la actitud del evangelizador, por el respeto, el cuidado, la acogida y el acompañamiento pedagógico-convivencial que ha de

tener con los grupos que tienen una determinada cultura. Ahí se ejercitan la comprensión, la paciencia, la atención y la espera, de quien es testigo del amor gratuito y misericordioso del Padre que busca hacer que los grupos culturales vivan y crezcan en plenitud. Sin esa actitud, no hay evangelización verdadera, no llegará el Evangelio al corazón de la gente, no echará raíces, no se verificará la conversión deseada ni un rostro de Iglesia local definido. b) En el proceso de ir asumiendo, con el debido discernimiento, aquellas pautas de conducta, valores y actitudes que ya de por sí están en la perspectiva del Reino de Dios y que son propias de cada grupo cultural. Esto, con el afán pastoral de confirmar, verificar y « bautizar » dichos valores, y profundizarlos más en el crecimiento de las respectivas comunidades cristianas nacidas entre esos grupos.

2) Otro aspecto que también interesa a nuestra Iglesia, pero que a su vez es problema para muchas otras Iglesias dispersas por todo el mundo, es el del ecumenismo y el de la lucha con las sectas. Es un apunte que tiene su base en la consideración de una Iglesia-comunión. Es la búsqueda del bien mayor deseado por Dios: un solo Pueblo de Dios reconocido como tal en todo el mundo. « Nosotros los obispos deseamos que la comunión incompleta, existente ya con las Iglesias y comunidades no católicas, llegue, por la gracia de Dios, a plena comunión » (Conclusiones, B. 7). La moral debería profundizar los aspectos de colaboración, convivencia y práctica pastoral conjunta que responda a determinados desafíos de la realidad en donde se vive y trabaja pastoralmente. El sínodo apunta algunos: el campo espiritual, el doctrinal y el servicio transformador de la realidad según los criterios del Reino. Es, así lo creo, un aspecto interesante a profundizar por parte de los especialistas.

Ahora bien, las sectas son otro problema. Con ellas no hay posibilidades de diálogo y colaboración. Pero sí es menester discernir el fenómeno y asumir aquellos puntos buenos que han de llamar la atención a nuestra práctica pastoral: ¿ Por qué muchas sectas están teniendo éxito en varios sectores importantes de nuestra población ? ¿ No revela esto un vacío de evangelización que hemos creado los católicos y del que somos directamente culpables ? Más que todo, son una interpelación a nuestro testimonio de vida, al modo de hacer evangelización o a la « comodidad » pastoral de creer que nuestro pueblo ya es « enteramente católico » y que sólo hace falta ofrecerle un servicio de conservación pasiva.

3) Estar abiertos a las situaciones nuevas que nos presentan la realidad y la historia de nuestros pueblos, es otro de los desafíos

que se presentaron y que ocupó también nuestra atención como Iglesia local. Determinar, con la ayuda de las ciencias socio-económicas y políticas, las causas profundas de la situación actual de nuestros pueblos, es ya de por sí una tarea ética, una exigencia actualísima de nuestro seguimiento de Cristo. Pobreza, dependencia, deuda externa, hambre, desocupación, armamentismo, desnutrición, falta de una adecuada educación popular, falta de vestido y vivienda, etc., no son casualidades que constatamos en nuestro medio. Como decimos en Puebla, « al analizar a fondo esta situación, descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas » (P. 30).

Es nuestro deber, como Iglesia de Cristo, y de cada desde el nivel de responsabilidad que le corresponde en su seno, cual denunciar proféticamente ese pecado, señalar sus culpables, hacer conocer las causas de esos males, llamar a la conversión a las personas y grupos que orquestan su ejecución, y procurar por todos los medios que se quiten las cadenas y yugos que atormentan a nuestros pueblos pobres. He ahí el trabajo mayor de los cristianos que toman en serio su vocación y su misión como seguidores de Jesús. No se trata de cumplir unas normas subjetivas de comportamiento, sino de asumir, a escala nacional, continental y mundial, la tarea de luchar por la justicia de tantos hermanos nuestros que viven en la miseria el abandono o son explotados inmisericordemente por las multinacionales y por los organismos que los sirven eficazmente al interior de cada comunidad humana.

#### A MODO DE CONCLUSION

He querido presentar, más que una visión sistemática de los aspectos morales, mis impresiones como participante al Sínodo Extraordinario, permitiéndome hacer algunas consideraciones personales desde mi experiencia de Pastor en esta parte de la Iglesia encarnada en un país del Tercer Mundo.

Creo que los ejes centrales para un moral cristiana más acorde con nuestro tiempo y más encarnada en nuestras realidades se han dado y he procurado dibujarlos aquí, aunque sea muy de pasada. Dejo para los especialistas el hacer una lectura teológico-moral de lo tratado y de la Relación Final de este acontecimiento eclesial.

En términos generales creo que podría decirse que el verdadero desafío moral que surge del Sínodo es éste: procurar una mayor coherencia con la fe y un compromiso mayor en la transformación del mundo, según la propuesta del Reino de Dios. Este solo dato

y esta constatación suponen ya un fuerte reto para todos los cristianos, del Mundo que sea: desde el Primero, para ayudar a quitar las causas de nuestra gran dependencia, y desde el Tercero, para luchar tenazmente por superar la injusticia, la pobreza y el sufrimiento y por crear una sociedad alternativa de hermanos.

Quiero terminar estas líneas con una frase del Cardenal Ivo LORSCHIEDER (Brasil), que me impactó bastante. En una de sus intervenciones en la Asamblea, dijo: « El Concilio Vaticano II debe ser 'LUMEN, NON LIMEN' (luz, no límite) ». Creo que se procuró hacer eso en el Sínodo: recoger esa luz para el mundo de hoy. Y el compromiso que allí adquirimos los participantes fue precisamente eso: procurar que esa luz llegue a todos los cristianos y a los que no lo son, a fin de que la salvación penetre todos los rincones de los pueblos, de las personas, de la historia, de la vida y del cosmos, « hasta que Dios sea todo en todos » (1 Cor 15, 28).

Casilla No. 368  
Bolivia - Oruro

JULIO TERRAZAS, C.Ss.R.

---

Résumé / Summary

Cet article entend tout simplement refléter les impressions de quelqu'un qui a participé au Synode de 1985 comme Pasteur d'une Eglise du Tiers-Monde.

La réflexion se déroule à partir d'une série d'aspects moraux soulignés par l'Assemblée synodale, mais particulièrement significatifs du point de vue de l'Amérique latine. Sont pris dès lors en considération les thèmes suivants: communion et participation, suite du Christ, ouverture aux autres à partir de la dimension relationnelle de la personne humaine, défense et promotion de la vie, option préférentielle pour les pauvres et engagement à leur service, ouverture au changement et aux nouveaux défis de la vie dans les peuples et les groupes marginalisés.

This article intends simply to give the impressions of one who participated at the 1985 Synod as pastor of a diocese in the Third World.

The reflection which unfolds takes as point of departure a series of moral aspects underscored by the synodal assembly but which are particularly significant from the point of view of Latin America. The following themes are then taken into consideration: communion and participation, the following of Christ, openness to others in view of the relational dimension of the human person, defence and promotion of life, preferential option for the poor and commitment to their service, openness to change and to new challenges to life among peoples and marginalized groups.

---

JULIO TERRAZAS est né en Bolivie en 1936. Prêtre rédemptoriste depuis 1962, il devint évêque d'Oruro/Bolivie en 1982. Il s'est fait remarquer par son engagement passionné en faveur des pauvres de l'Eglise dont il a la charge.

JULIO TERRAZAS was born in Bolivia in 1936. A Redemptorist priest since 1962, he became Bishop of Oruro/Bolivia in 1982. He is well known for his passionate commitment to the poor of the diocese of which he has charge.

---